

DE LA MUJER A LA ANTIMUJER

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

Mas ¿por qué todo esto? ¿Por qué mujeres como la Condesa de Campo Alange nos dicen que la mujer tiende a desaparecer y que cada día, por tanto, son más escasas? ¿Cuál es, por ejemplo, el alcance de afirmaciones como las de Simone de Beauvoir, quien no solo duda si existen mujeres sino que hace cuestión acerca de si hay que desear que existan? ¿No es esto demasiado sorprendente? Pues sabemos con seguridad absoluta dos cosas: una, que la mitad del género humano está formado por seres que sin duda no son hombres, es decir, por mujeres, y que, la otra, tales seres aumentan día a día. Frente al hombre se erige su eterna compañera y ambos llenan la vida, con sus nostalgias y afanes, con sus penas y alegrías, sus trabajos y vocaciones. Pero ahora resulta que en la pareja hombre-mujer, uno de ellos, "la mujer" o mejor aún, el ser humano femenino se está voltilizando, quedando en su lugar un ser insatisfecho, desorientado y perplejo. Porque, aunque parezca mentira, en la sucesión de triunfos y preemiencias a que ha llegado a alcanzar la mujer moderna, fluye, soterrada, una ácida corriente de desconcertante desasosiego. Y, en verdad, es conmovedor ver cómo, de pronto y en medio de una exultante satisfacción, la mujer grita su descontento, su aburrimiento, su... inútil papel de liebre.

Dejemos desde luego para otros el discutir, el disputar cuanto se quiera sobre cosas del siguiente jaez: el sufragio femenino, la mujer ideal, el amor romántico, la mujer-muñeca, la compañera inocente, etc. Desde hace dos siglos por lo menos no se oye otra cosa y, sin embargo, en la mujer persiste su continua y honda emergencia. Mas aún: con la socialización del hombre moderno se ha multiplicado; quiero decir, todavía se está discutiendo si la mujer es un mito o, por el contrario, un ser humano. Como al caballero borgoñón del siglo XV, o esta mujer-niña, o muñeca de nuestra época, tan frágil, tan cabiante y deleznable, solo le es seguro la inseguridad. ¡Quién lo pensara, contemplando su poderío, su universal, nítido y positivo imperio! Por eso, con la certidumbre de que el problema de la falta de auténticas mujeres es asunto más complicado de lo que sería abordando los temas de la mujer en el trabajo, del "feminismo" o de la libertad de Eva, conviene, ante todo, fijar la atención en la interioridad femenina: un sabor, un ámbito, una vocación radical que por sí misma tiene toda mujer. Pues con ella, y dentro de ella y bajo su armonía intrínseca, por así expresarlo, comienza de verdad

a vivir. Este *nous*, esta potencia extraordinariamente femenina constituye, como diría un romántico, lo divino en la mujer. Casi, casi que me siento tentado a exclamar: he ahí el “secreto de Dios”, accesible apenas a los pocos hombres privilegiados a quienes puede abrirse la visión del alma misma. Aquí es donde comienza la feminidad a ser interesante y sutil. Si esta se ignora, se ignora incluso el hecho biológico que llamamos la belleza física del cuerpo femenino. Porque las formas de la mujer son ya interioridad. De esta interioridad viene ese recato y pudor que informa la vida entera de la mujer. ¡Y ahí está la gran cuestión! O sea que si ella desaparece —como lo afirman la autora de *Le Deuxième Sexe* y la Condesa de Campo Alange— se debe a su pérdida de interioridad. Disparemos, por tanto, aun cuando sea hacia el flanco del problema, unas flechas de inédita comprensión.

Todo ha cambiado en la vida moderna. Pero nada ha cambiado tanto como el alma de la mujer. Son tantos los cambios ocurridos que, en el recuento de ellos, se olvida éste con ser, tal vez, el más definitivo —puesto que significa un cambio de la condición humana. Mientras el hombre —“hombre” y mujer— asiste libre de nostalgia y fantasías, al espectáculo, aterrador unas veces, maravilloso otras, que la ciencia y la política a todo momento están creando en su derredor —fisión de átomo, viajes cósmicos, estructuraciones geopolíticas, inventos técnicos, descubrimientos científicos, etc.— no ha tenido tiempo para reparar en el cambio de su personalidad. Y es que el más sobrio examen nos hace caer en la cuenta de que el hombre de hoy no es el mismo de hace veinte o treinta años; mucho menos el de hace un siglo. No se trata, es obvio, de un cambio de indumentaria y de costumbres. Estas constituyen el lado pasivo de esa modificación, o, lo que es igual, que su lado activo es la sustancia humana. Hasta tal punto es así que la mujer se está desplazando hacia otras zonas más rápido que el “hombre”. Para convencerse de ello basta con hacernos problema de estas tres preguntas: ¿Cómo era antes el alma femenina? ¿Cómo es ahora? ¿Qué ha facilitado esa mudanza?

Sin que sea necesario tomar una perspectiva de milenios, la vida humana femenina ha consistido siempre, esencialmente, formalmente en interioridad. Nadie se atrevería a disputarle a Eva esta imanencia; porque acaso la sobrecogedora palabra *mujer* sólo significa una cosa: *interioridad*. Y es que, como lo ha demostrado la antropología filosófica, ella no es *del* mundo, sino que es *en* el mundo. Para los demás antes, incluso el “hombre”, existir consiste en pertenecer al mundo. En cambio, para la mujer no es ya, en la raíz misma de su esencia, estar abierta a la *circunstancia* de par en par. Mujer..., es decir, vivir gota a gota sintiendo por dentro, desnuda de su desnudo. He aquí una razón menos vaga para entender su exquisita fragilidad. Pero he aquí también el motivo de su constante inadaptación al mundo. Y, efectivamente, toda verdadera mujer siente que el gran fuera hiere su intimidad. Ella, por sí, se basta y, sin perderse en un mar de infinitas posibilidades, escoge lo esencial. Con muy raras excepciones —las épocas primitivas, por ejemplo: la mujer caza, cultiva el campo, etc., la conducta de la hembra siempre se ha ajustado a esa interioridad. Sería, pues, lo que podría llamarse la *mujer-mujer*.

Lo dicho tiene un riesgo entre otros: como la vida del hombre, esto es, la de la mujer igualmente, es algo cuya esencia consiste en ir haciéndose a la hembra no le basta con plantarse ahí y decir: ¡Sea, soy auténtica mujer! Todo lo contrario. Tiene que atender a muchas instancias, entre las cuales está la del contorno natural. Y dentro de este contorno figura, primeramente, no el individuo, sino la totalidad de los hombres. Es decir, la sociedad. Esta palabra, nótese, puede significar muchas cosas; pero, ante todo, significa una sola, a saber: un sistema de imposiciones y de usos mecánicos con los que cada hombre se encuentra, desde luego, con agrado o con disgusto. A nadie la necesidad de vivir se le impone; mas una vez que la ha aceptado le es, sea por lo que sea, impuesto lo social. Y entonces cabe preguntar: ¿qué puede acontecerle al hombre cuando lo social constituye una fuerza incontrastable? La respuesta no ofrece dudas: el hombre termina olvidándose de su "yo", volcándose de bruces sobre el mundo. Por lo tanto, sobre la gente, sobre el inconsciente colectivo, o, para expresarlo en giro freudiano, sobre el "ello" social. Nada menos que esto acontece al hombre actual. En resumen, que la crisis presente se caracteriza —recuérdese el juicio de Maunheim—, entre otros hechos, por la destrucción de la "vida privada".

La "vida privada" ha sido destruída en varios estadios de la historia. Fue, verbigracia, destruída hacia el siglo I antes de Jesucristo; lo mismo en el siglo XIV. Allí el hombre se pierde bajo el aluvión de funciones sociales. Todos los hombres eran, ante todo y por sobre todo, hombres de acción. Pero no obstante la *vida íntima* quedaba a salvo de este formidable asalto de atropello y alteración. Ahora, en cambio, el asalto va contra la *vida íntima*. El suceso se explica fácilmente. Pues si la *vida privada* es como la epidermis de la *vida íntima* solo se necesita para llegar hasta ésta, mayor ímpetu de las fuerzas "socializadas". Y es innegable, cuando menos, el poder de penetración de realidades tales como la televisión, la radio, la prensa, el "transistor", el cine, y lo que en ellos va implícito, la publicidad, la propaganda, etc.; como si dijéramos, la pólvora y el fuego. Al antiguo se le enajenaba en el ágora o en el foro; hoy se impone un yo social desde dentro. De aquí, sea advertido muy al vuelo, que quien equipare el viejo "escepticismo" de los "héroes siniestros" griegos con la "nausea" y las "angustias" modernas comete un grave error: aquel era, si se me permite la expresión, una filosofía de plaza pública, y éstas, recetas de entrecasa. ¿No es eso demasiado enorme, demasiado terrible? Porque ahora no basta con que el hombre pierda su "vida privada", enrolándose en gremios, corporaciones, sindicatos, estos, sino que se pretende —¡y con cuánto éxito!— encauzar y modificar las *creencias*. Por lo mismo, su radical autenticidad, su "vida en soledad". ¡Ahí están radio, cine, televisión y periódico aniquilando las posiciones propias y las verdades firmes!

Ciertamente, no será imperioso advertir lo que significa para la mujer este asedio a su "vida íntima". ¿No se pretende modificar, por ventura, su carácter ontológico de vida humana, lo que podríamos llamar su ser de mujer? Mírese, si no, toda esa ingente, toda esa conmovedora crónica diaria que los periódicos apenas alcanzan a espumar, y se verá como el grito de la mujer, de la mujer desesperada se reduce a esta queja,

a este gemido nada jobsiano: "Me duele, me mata la soledad, este permanecer a la vera de mí misma". Y así, estas Noras modernas, "alegres", bonitas y graciosas, merced a la socialización de su intimidad, terminan no obstante declarando en contra propia. O, lo que es análogo, anonimizando, socializando su vida, la cual es, como se dijo, intimidad. La mujer de hoy salta las bardas de su "vida íntima" con tal denuedo que, sin vacilar, puede considerarse ésta como la etapa más anti-femenina que haya existido en toda la historia. *Il sole no si mouve*; la mujer: ¡sí! Pretende vivir desde la sociedad, desde su equívoca relación con las masas; no desde sí misma. Mas en esta sima la vida es ya puro y simple convencionalismo, ser sobrecargado de clasificaciones, distinciones... ciudadana ejemplar. ¡Aquella que vota, asiste a las corporaciones públicas, confiere y quita empleos, hace discursos y, en Colombia, disputa a taconazos una curul!